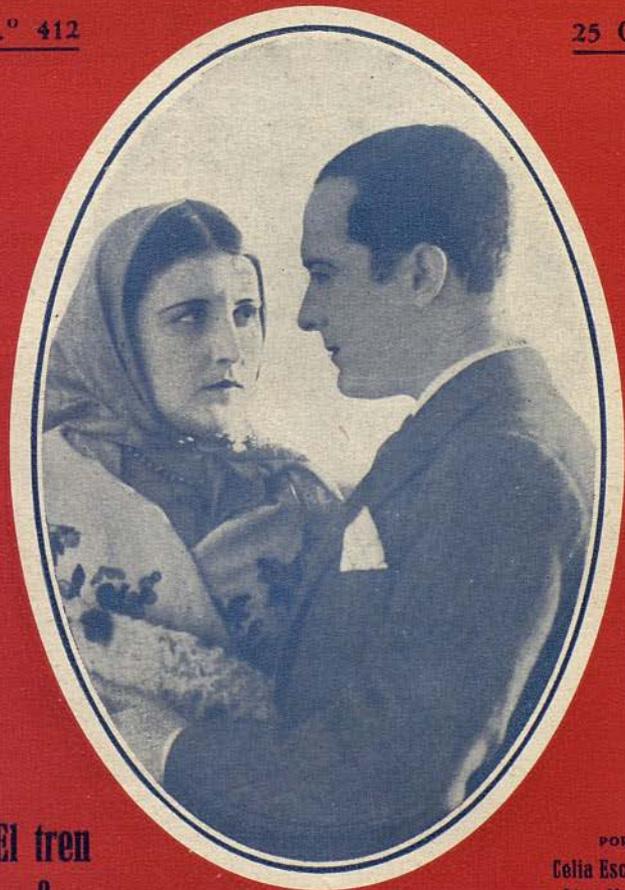


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 412

25 CTS.



El tren
o
La pastora que supo amar

POR
Celia Escudero
Lina Moreno
y Javier Rivera

Filmoteca
de Catalunya

EB



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 412

EL TREN

La pastora que supo amar

Sentimental producción, interpretada por
LINA MORENO, CELIA ESCUDERO, JAVIER
DE RIVERA, SRES. MONTENEGRO, PUIG,
SOLÁ, etc.



EXCLUSIVA DE

Julio - César, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
MAX MAXUDIAN



EL TREN

La pastora que supo amar

Argumento de la película

Un ilustre escultor organizó una excursión a pintorescos rincones de la bella España, para mostrar a sus discípulos, de ambos sexos, las bellezas que se escondían en recónditos lugares, como las humildes violetas que florecen en medio de la mayor modestia y perfuman el ambiente con más delicia que las pomposas flores.

Los turistas amantes de lo bello, sedientos de sensaciones agradables al espíritu, insaciable de ver nuevas cosas, como si lo perfectamente bello no pudiese ser nunca visto, eran, aproximadamente, una veintena.

No todos ellos eran, empero, artistas, pues

3

alguna mujer se limitaba a ser la amiga de uno de ellos, acompañándoles en su peregrinación por el placer de ir a su lado... para que otras bellezas no les hicieran renunciar a la que ya tenían, con derecho más o menos exclusivo...

Al llegar a uno de los pueblecitos comprendidos en su ruta artística, el escultor preguntó a un jayán quién podría acompañarles en su visita a la colegiata del lugar, famosa por sus tesoros arquitectónicos.

El campesino le señaló a un monje que, allá en lo alto de un repliegue del monte, estaba cavando la tierra; y el escultor le suplicó que fuese a entregarle, de su parte, una tarjeta de presentación, manifestándole que deseaba visitar con sus alumnos la iglesia.

El mozo cumplió, estimulado por la promesa de una propina, y fué ascendiendo hacia el monte, en tanto que los turistas hacían comentarios entre sí acerca de lo pintoresco que resultaba ser aquel lugar, denominado Fonclara.

El mandado llegó a poco hasta donde se hallaba el monje, a través de cuya barba, que le daba imponente aspecto, se veía la juventud de su rostro, y, alargándole la tarjeta que le dieran para él, le dijo:

—Este señor, en nombre de varios forasteros, desea visitar la colegiata y que Su Merced les acompañe.

El triste anacoreta, pues lo era, impúsose de lo impreso en la cartulina y sus ojos adquirie-

ron un brillo intenso, cual si evocara tiempos pasados al leer el nombre del escultor.

La tarjeta decía así:

JOSE ALVAREZ REINA

Director de la Escuela de Bellas Artes de
San Fernando

Madrid

Vaciló unos momentos, pero, olvidando que un día perteneció al mundo, para no tener en cuenta sino que su misión actual era servir al prójimo en la medida de lo posible, por amor a Dios, accedió a satisfacer los deseos del artista; y con el mozo que le llevó la noticia encaminóse hacia el valle, donde le estaban esperando los excursionistas.

Su paso era tardo, cansino, a pesar de su juventud; que no se es viejo por los años, sino por la intensidad de vida que uno ha desarrollado.

Los artistas, al verle acercarse, se fueron aproximando a él y, al alcanzarle, adelantóse el director de la Escuela de Bellas Artes para besar su mano y repetirle de palabra su deseo de ir a la colegiata.

El monje le miraba profundamente, y cuando se extrañaba de no haber sido reconocido por el escultor, éste, ahogando un grito de asombro, avanzó más hacia él y exclamó:

—¡Toñuelo!

Pero convenía ser prudente. Con suma discreción, el artista comprendió que molestaría al monje hablar de su vida delante de todos y, acogiéndose al pretexto de que se fueran todos a merendar a la posada del pueblo, quedando en reunirse una hora más tarde para realizar la visita a la colegiata, quedó solo con Toñuelo.

Porque el monje se llamaba así.

Apenas solos los dos, el monje, quitándose el capuchón que oscurecía su rostro, ocultándolo, además, como si no tuviera derecho a mirar de frente al sol, por algún pecado que purgaba en aquellas soledades, murmuró, mirando al escultor:

—Maestro, aquí me tiene usted.

A lo que repuso el artista, abrazándole:

—¡Querido discípulo! ¿Qué ha sido de ti?... ¿Cómo en estos lugares?

El monje exhaló un suspiro y, lleno de melancolía, pronunció:

—En la paz de ellos, amado maestro, vine a buscar lo que mi alma necesitaba. Lejos del mal de la ciudad había llegado a olvidarme de mí mismo, pero su presencia revuelve todo el fondo de mi pasado...

—Yo no sabía... ni podía figurarme que estuvieras aquí... Supe ciertas cosas, pero de ti, nada... Cuéntame...

Y he aquí la historia de aquel monje de Fon-

clara, de aquel muchacho joven que renunció a la vida en plena gloria.

* * *

Toñuelo, allá en su niñez, era pastor. Cuidaba un numeroso rebaño de mansos corderos y era feliz, inmensamente feliz, porque todos le querían y, más que todos, María, una gentil pastora de su edad, que solía llevar su rebaño junto al de él, para poder charlar largas horas sobre cosas, figúrense ustedes, muy trascendentales.

Por aquel entonces, los verdes prados eran hollados por pies extraños y removidas sus entrañas por numerosos picos y palas, convirtiéndose en montones de tierra el suave piso tan querido de los rebaños y de sus pastores, desde generaciones y más generaciones.

Eran los obreros del tren, pues pronto atravesaría aquel lugar el monstruo de hierro, que no respetaba nada ante el anhelo de salvar distancias como en un vuelo a lo Pegaso.

Aquel acontecimiento traía a mal traer a los lugareños, a los que se ganaban la vida yendo a la ciudad para el transporte de provisiones y las mercancías de intercambio, a los carreteros, en una palabra, uno de los cuales era el padre de María.

Cierta tarde, al regresar la pastora a su hogar, vió llegar a su padre presa de la más furiosa indignación.

La buena madre y ella le contemplaron atemorizadas, y cuando la primera, no sin precauciones, le preguntó la causa de su cólera, el hombre, crispando ferozmente el puño, exclamó:

—¡Malhaya la sabiduría humana que quita a los hombres el pan!

Y, tras una breve pausa, añadió:

—¡Pero yo juro que he de matar al ingeniero!

Y luego:

—¡Maldito tren!

Y se mordió las puños de rabia, como si quisiera, a fuerza de dolor, insensibilizarse.

María, asustada, se escondió en un rincón, no porque su padre fuese un salvaje, ni mucho menos, sino porque en aquellos momentos le daba miedo su iracunda expresión; pero su madre, para poder hablar a solas con su marido, a fin de que la niña no oyese palabrotas de esas que suelen pronunciar, por efecto de la amargura, los hombres, la mandó a por aceite.

Ya en la plazoleta del pueblo, rodeada de soportales, donde la chiquillería jugaba endemoniadamente, María fué a apartar a Toñuelo del grupo de amigos en que se hallaba y, como él era su confidente y consejero, le dijo:

—¿Sabes lo que acaba de decir mi padre?

—¿Que no quiere que hables más conmigo?

—No, tonto... ¿Por qué había de decir eso?...

Dijo que el tren va a ser su ruina... y que matará al ingeniero.

—¡Mal está la cosa, a fe! Y lo peor es que tu padre tiene razón... El tren perjudicará a muchos de este pueblo... pero ¡eso de matar al ingeniero!...

—Tengo miedo, Toñuelo...

—¡Bah! Se dicen muchas cosas, María... Tu padre es incapaz de matar a un mosquito...

—¡Si le hubieses visto, Toñuelo!

—Me lo figuro. Yo también, cuando me enfado, parezco un "trigre" de siete "bengalas". Echo chispas que da gusto.

A ese día siguieron otros, muchos, y los prados fueron invadidos por mayor número de obreros cada vez.

Resultaron estériles los lamentos de los lugareños, y, a pesar de todo y contra todo, a los pocos años el tren pasó, indiferente al daño que pudiera causar al padre de María y a los demás carreteros del pueblo.

Los niños se habían transformado: ella, en espigada pastora; él, en apuesto jayán.

Como en su niñez, seguían al pie de sus respectivos rebaños, siempre juntos, y hablando siempre, a solas, de cosas "trascendentales".

Cierto día, al oír el silbato del tren que cruzaba aquellos lugares, María acercóse a la vía, seguida de Toñuelo, y al ver al monstruo, no pudo menos de decir:

—¡Maldito tren! El fué la causa de la muerte de mi padre.

Y en sus palabras había algo de aquel odio de que estaban llenas las del querido muerto cuando hablaba del tren.



Los niños se habían transformado...

Toñuelo movió, preocupado, la cabeza y apartó presto de la vía, y luego de la estación, a María, para que olvidase la triste realidad.

En efecto, el padre de la pastora murió poco después de haberse inaugurado la nueva línea férrea, no pudiendo resistir el rudo golpe que aquella innovación le asestaba, moral y materialmente.

Y desde entonces, María, cada vez que veía pasar el tren, o simplemente oía su silbato, estremeciase de pavor, como si le estuviese reservada una nueva tragedia en el raudo convoy.

Pero Toñuelo, espíritu abierto a todos los horizontes, procuraba tranquilizarla, y una vez le dijo con firmeza:

—¡Yo te prometo que algún día iremos juntos en ese tren!

* * *

A menudo llegaban excursionistas de varios puntos del país para admirar las bellezas de la colegiata.

En una de sus visitas de arte, el director de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, llegó hasta Fonclara, acompañado de otros dos artistas, y se sorprendió agradablemente al encontrar un adorno de reciente factura.

—¿Quién trajo esto aquí?—preguntó al guía.

—Lo hizo un zagal del pueblo.

—¿Un zagal, dices?

—Un pastor, sí, señor. ¿Quiere usted que lo vaya a buscar?

—En verdad que me agradecería conocerle.

—Pues voy al momento. ¿Dónde quieren ustedes recibirle?

—Dile que le esperamos en la posada.

El guía fué a buscar a Toñuelo, pues era éste

el autor de aquel trabajo, como consecuencia de la gran vocación que sentía por la escultura, y el ingenuo pastor, encantado de que le llamasen para felicitarle artistas de Madrid, siguió al lugareño, con María a su lado, porque no quería que ésta dejase de estar presente en la recepción de elogios.

El escultor y sus acompañantes miraron de arriba abajo a Toñuelo, con admiración el primero y con irreprimibles deseos de reirse de él los segundos, por la cara que ponía el pastor al mirarlos; y díjole el director de Bellas Artes:

—¿Eres tú quien ha hecho esa imagen de la colegiata?

—Sí, señor...

—Está muy bien, y te damos nuestra enhorabuena.

—No vale la pena, señores...

—¿Te gustaría aprender este oficio?

—¡Qué más quisiera yo! Pero, ¿cómo quiere usted que aprenda, si soy pastor?

—Si quieres, te llevamos a Madrid y yo te enseño.

María se asustó al oír tales palabras y, tirando del faldón de la chaqueta a Toñuelo, le dijo:

—¡No te vayas, no te vayas!

Pero él, animado, la consoló:

—¡Volveré! ¡No faltaba más!

—No te aflijas, buena moza—intervino el

escultor—. Ya verás cómo vuelve convertido en todo un señor artista.

Y Toñuelo, decidido a probar suerte, se marchó, sin que las lágrimas de María pudiesen retenerlo en Fonclara.

—No llores, mujercita, que no voy a mi entierro, sino a prosperar... Y cuando vuelva... Vamos, que no me da la gana que llores...

Y María, que evitó el ir a la estación a despedir a Toñuelo, para evitar que todos vieran su amargura al verle partir, fuése al prado y desde allí, junto a la vía, presencié la marcha del monstruo; y, de nuevo, su pecho se rasgó en un clamor de protesta:

—¡Maldito tren!

* * *

El tosco alumno iba refinándose en el ambiente de la Corte.

Trabajaba de ayudante del escultor, y cuanto hacía merecía la aprobación del maestro, que se había afanado en pulir su talento.

Durante algún tiempo el maestro estuvo muy atareado modelando el busto de "La Tirana", bellísima canzonetista española que hacía furor en todas partes por su hermosura y su arte, perfectamente hermanados.

Toñuelo seguía atentamente el trabajo del maestro y, paulatinamente, la soberana mujer

fué adentrándose en el pecho con admiración de hombre y de artista.

¡Qué escultural era! ¡Qué hombros más divinamente moldeados tenía!

El maestro no logró en varias sesiones modelar perfectamente uno de los hombros de la hermosa, y a mitad de la cuarta sesión tuvo que abandonar el trabajo, fracasando de nuevo en su empeño.

Mientras, para entonar sus nervios bebiendo una copa de licor, el maestro pasaba a un saloncito de recibo con "La Tirana" y el buen amigo de ésta, el barón de Campomoreno, Toñuelo, que se quedó en el taller observando el busto de la fascinadora, sintióse repentinamente poseído del anhelo de ejecutar lo que el director no lograba definitivamente, y, venciendo los escrúpulos que le invadieron al reconocer que se extralimitaba, contempló, desde lejos, el desnudo hombro de "La Tirana" y, lleno de la irresistible mujer, hizo con la arcilla el milagro de reproducir de una manera asombrosa el delicado hombro.

El maestro vió desde el saloncito a Toñuelo entregado a perfeccionar su trabajo y, levantándose rápidamente, se le reunió, temeroso de que cometiera alguna torpeza.

Pero, al contemplar el hombro tan fielmente copiado, su nobleza de artista no pudo menos de inclinarse ante el talento del discípulo.

—¡Muchacho, tú llegarás a ser un gran artista!—le dijo, abrazándole.

“La Tirana” se enteró del chispazo de genio de Toñuelo y, al despedirse del maestro, la mirada de la hermosa se desvió hacia el alumno, que la devoraba con los ojos desde otra habitación; y, por primera vez en su vida, sintió Toñuelo miedo de una mirada de mujer.

* * *

Y Toñuelo trabajó mucho y bien.

Un buen día, celebróse la gran exposición en que todos los soñadores tenían puestas sus más caras esperanzas, y el maestro tuvo la inenarrable alegría de comunicar a su discípulo predilecto:

—¡Acaban de votar las recompensas y tienes tercera medalla!

¡Oh! La gloria empezaba a sonreírle.

Pero para Toñuelo fué, acaso, mayor recompensa que la medalla las palabras de felicitación que le dirigió “La Tirana”, que había asistido al gran acontecimiento, con su amigo el barón.

—¡No sabe usted cuánto me alegra su triunfo!

—El alumno supera al maestro, pero estoy muy orgulloso de ello—exclamó a su vez el director de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

Toñuelo era ya una firma. ¡Tercera medalla! ¡Casi nada!

Y aquella misma noche “La Tirana” le mandó a la pensión la siguiente tarjeta:

“JUANITA MENDEZ

“La Tirana”

tiene el gusto de enviarle una localidad para la función de hoy y espera saludarle en su camarín”.

Ni que decir tiene que el muchacho no rechazó la invitación.

No cenó. La emoción se lo impidió. Y llegó al teatro antes de la hora.

Ocupó su localidad y soportó resignadamente la primera parte del programa; pero durante el intermedio dirigióse al escenario.

Caminaba a ciegas. Le sorprendía todo aquello, y sin saber qué puerta empujaba, encontróse dentro del cuarto de las coristas, sorprendiéndolas en actitudes que le hicieron volver, rojo como la grana, la cara, para que nadie le acusara de haber puesto sus ojos en tesoros ocultos. ¡Y qué tesoros!

Las muchachas, que no se asustaban ante un intruso más o menos, le tomaron “concienzadamente” el pelo, hasta que una de ellas, muy apretadita de carnes, se ofreció a sacarlo del apuro, que lo era grave el haberse metido en la boca del lobo, es decir, de las lobas...

—Yo he venido a ver a “La Tirana”... co-

rrespondiendo a la invitación que me ha dirigido personalmente...

—Venga usted, pues... Su camarín está cerca del nuestro, pero, para que no vaya usted a meterse en el de la "empresaria", le acompañaré hasta la puerta.

Al fin, llegó Toñuelo a destino, y cuando esperaba ser recibido por "La Tirana" en persona, fué introducido en un saloncito donde se hallaba, sin duda de centinela, el barón, que se gastaba la plata con la caprichosa con una resignación digna de mejor suerte.

—Pase, pase usted, señor artista... Juanita no tardará en salir... Está vistiéndose ahí dentro...

—Con su permiso...

Sentóse frente al noble, mientras la doncella que lo introdujo en el gabinete iba a avisar a la artista que Toñuelo acababa de llegar, pues ella le había indicado que la previniese tan pronto lo hiciera.

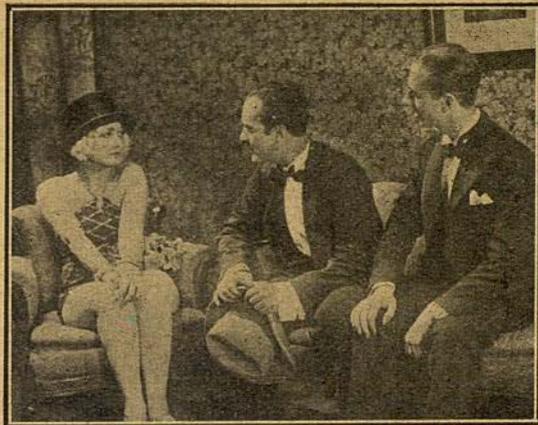
Y, de pronto, "La Tirana", asomando su hermosa cabeza entre los cortinajes que la ocultaban dentro de su cuartito íntimo, donde debía estar desnudita, saludó al mozo:

—¡Buenas noches!

—¡Muy buenas!—respondió él.

Un poco después, la hermosa se presentaba ante él, casi desnuda, es decir, vestida con un traje de excéntrica, que apenas le cubría las tres cuartas partes de su esbelto cuerpo, de-

jando adivinar el resto. Aquella mujer conocía los resortes del éxito, y en su frívola presentación estribaba el secreto de sus resonantes triunfos.



—¿Qué tal, querido artista?

—¿Qué tal, querido artista?—dijo a Toñuelo, tratándole con confianza, importándole un ápice la presencia del barón.

El antiguo pastor estaba violento al lado de la triunfadora, debido a la presencia de otro hombre, del hombre que era el amigo, el "dueño" de ella, en compensación del dinero que

derrochaba para vestirla y llenarla de joyas como una reina.

Bien comprendía el ingenuo muchacho lo que costaba una mujer como "La Tirana". Le bastó oír decir a la artista, cuando se estaba visitando, y dirigiéndose al barón:

—¡Enrique, ya estoy descalcita! Mañana sin falta vamos al zapatero.

Toñuelo examinó la estancia en la cual se hallaba con el aristócrata y vió hasta dos docenas de pares de zapatos nuevos, a cual más lujoso.

¡Y aun pedía más zapatos aquella caprichosa!

El barón le sonrió afablemente al comprender lo que él pensaba y mostróle un precioso pendiente que iba a regalar a su amiga aquel día y que valía una fortuna.

¡Qué lejos estaba él de poder aspirar al amor de una mujer como la triunfadora!

Pero "La Tirana" le miraba de tal modo, le infiltraba tales esperanzas, que el muchacho, venciendo poco a poco su timidez, llegó a decirse que no debía temer al barón, porque el buen hombre no era para ella más que el señor que paga...

La hermosa mujer dejó solos a los dos hombres y desde el escenario Toñuelo la contempló entusiasmado, y al propio tiempo que se decía que una mujer como Juanita no sería nunca suya, se gritaba que podría serlo perfectamen-

te, pues ella le trataba con tanta consideración, que no era aventurado suponer que correspondía al fuerte amor que él sentía hacia ella.

Y tras una entrevista vino otra, cada vez más peligrosas, más desafiadoras de la vigilancia del barón, que vivía en la luna, a la que se trasladaba por la vía recta de su nariz, que era kilométrica.

Cierta noche, Toñuelo, cuya timidez pertenecía a la historia, penetró en casa de la irresistible mujer y, mientras estaba en ella, llegó el barón; pero, convenientemente avisados por el vigilante, los enamorados se separaron, huyendo el galán por el balcón.

Y así noche tras noche.

Hasta que una real orden hizo pensar a Toñuelo en que no era únicamente un afortunado amigo de "La Tirana", sino un artista que se debía a su fama y a su país.

Enterado de la citada real orden, el alcalde de Fonclara hizo fijar este anuncio en la puerta de la casa consistorial:

VECINOS DE FONCLARA

El Gobierno de S. M., a petición de este Ayuntamiento, ha nombrado restaurador de nuestra famosa colegiata al insigne artista, hijo de este pueblo, don Antonio Fernández del Fresno, y yo invito a todo el vecindario para que reciba con el entusiasmo que se merece al ilustre paisano, gloria del Arte.

Aquel nombramiento llenó de satisfacción a Toñuelo, porque significaba para él el poder huir de los brazos de Juanita, que lo dominaba a su antojo, convirtiéndole en un muñeco.



Y así noche tras noche.

La despedida entre ambos fué un tanto violenta por parte de ella.

Quería a toda costa que él se quedase en Madrid, renunciando a todo, pero Toñuelo prometióle terminar pronto su trabajo y volver, para no separarse más de su lado, aunque no para vivir juntos, claro, porque él no era lo bastante rico para costear sus caprichos, que no eran pocos.

“La Tirana” se resignó a esperar, fingiendo siempre amor fiel al barón, que era cada día más espléndido, y pocos días después llegaba Toñuelo al pueblo que le vió nacer y donde tan feliz había sido.

Sospechando el recibimiento que le dispensarían si avisaba su llegada, se abstuvo de comunicarla y así pudo salir inadvertido de la estación.

Pero el hombre que se le acercó ofreciéndose para llevarle las maletas le reconoció en seguida.

—¡Charcos, si es Toñuelo!—exclamó.

El artista le abrazó cordialmente, contento de ver a su buen paisano, y le dijo en voz baja:

—Suba esto a la fonda y no diga a nadie que me ha visto, tío Charcos.

—No temas. No lo sabrá ni una mosca. Pero ¡qué buen mozo has vuelto! ¡Si pareces otro!

—Soy el mismo, tío Charcos; con otro traje, porque allí no hay pastores, ¿sabe usted?

Tío Charcos encaminóse a la fonda, y Toñuelo, echando a correr, se lanzó a campo traviesa en busca de María, a la que tenía muchísimos deseos de ver.

¿La encontraría en el prado?

Sí. Estaba seguro de ello.

En efecto, María estaba allí, donde siempre, al pie de la vía férrea, en espera, en interminable espera del que prometiò volver.

Toñuelo se detuvo a escasa distancia de ella sin ser visto y, contemplándola con emoción, pensó, repentinamente inspirado:



María estaba allí...

—¡Esta es mi obra: “La pastora que ve pasar el tren”!

Buen asunto, a fe. Una pastora, gentil y bella como María, acariciando una ovejita que descansaba en sus brazos, y como fondo, la maravilla de aquellos campos.

Acercóse lentamente a la amiguita de la infancia y, sin que ella le sintiera, le cubrió los ojos con las manos.

—¿Quién soy?—preguntó contrahaciendo la voz.

Y se oyó un grito:

—¡Toñuelo!

Pero cuando la pastora vió la transformación de su amado, rectificó:

—Señorito Antonio...

El le puso un dedo en los labios.

—Calla, María. ¿A quién llamas señorito? ¿Ya no te acuerdas de nuestra amistad?

—¡Has vuelto tan cambiado!

—Pero soy idéntico por dentro como por fuera para ti, María. ¡No faltaba más!

—¡Qué contenta estoy! ¡He deseado tanto verte! He visto pasar todos los trenes desde que te marchaste.

—¡Mi buena María!

—Todos los de aquí te dedican grandes elogios. Dicen que eres el orgullo de la localidad.

—Exageran...

—No, tonto; si a mí me gusta que lo seas... pero quisiera que no volvieras a marcharte.

—Estoy terminando de aprender nuevas cosas para llegar a ser algo, ¿sabes?... y cuando pueda... me quedaré aquí para siempre.

Y en el alma de María renació la esperanza.

* * *

El tío Charcos no logró dominarse la lengua y todo el pueblo supo que el gran artista acababa de llegar.

Y hubo de todo en su honor, porque el alcalde era hombre que sabía hacer bien las cosas.

Pero Toñuelo deseaba terminar pronto su labor en la iglesia y se multiplicaba dando órdenes a sus segundos y ejecutando personalmente los trabajos más delicados.

Le obsesionaba el recuerdo de Juanita, y soñaba en ella; pero en los ratos que lograba cerrar su espíritu a aquella visión entregábase en cuerpo y alma a bocetar su obra "La pastora que ve pasar el tren" copiando del original.

En tales momentos de serenidad era cuando comprendía que su corazón pertenecía a María y deseaba hacerla su compañera.

Cierta mañana le dijo:

—¿Quieres que te lleve conmigo a Madrid?

Pero ella, humilde y resignada, repuso:

—Estás muy alto, Antonio... La gente se reiría de mí... Yo te esperaré aquí, siempre, siempre...

—¿Es que no me quieres?

—¡Mira mis ojos, Toñuelo, y ellos te lo dirán!

Transcurrieron nuevos días, claros, lumino-

sos. Toñuelo era feliz, vivía en paz, en la bienaventuranza de su tierruca, y hasta podría asegurar que no se acordaba de Juanita.

En cambio, "La Tirana", no pudiendo hacer-



Soñaba en ella...

se a la idea de no verle, se las arregló de modo y manera que, manifestando el deseo de salir de Madrid unos días, al regresar hizo detener el coche en el pueblo donde vivía Toñuelo.

El barón no opuso el menor inconveniente en complacerla, y así, llegaron al modesto lugar, llamando la atención de sus moradores.

Toñuelo, de vuelta de su trabajo, se reunió

a un grupo de paisanos y uno de ellos le dijo, de golpe y porrazo:

—¡Chico, qué mujer acaba de llegar! Tú la conocerás, porque parece madrileña...

Los demás se echaron a reír y exclamó otro:

—¡Hombre, Antonio no va a conocer a todas las guapas de Madrid!

Pero Toñuelo sospechó... y sus sospechas tuvieron plena confirmación al ver venir en su dirección a "La Tirana" con el barón.

Apresuróse a saludarles, y Juanita, envolviéndole en cálidas miradas, justificó su presencia en Fonclara de esta suerte:

—¡Ibamos a la ciudad, pero el viaje es muy largo. Yo le dije a éste: "Aquí, que estará Antonio, descansaremos y él nos invitará a cenar".

* * *

Durante la cena, Juanita no cesó de indicar a Toñuelo, con gestos y miradas, su deseo de hablarle a solas, y lo logró pretextando querer contemplar el efecto de la colegiata a la luz de la luna.

Toñuelo la acompañó, dejando al barón tomando tranquilamente el café en la fonda; y en la soledad del lugar, Juanita, luego de besarle con frenesí, dijo a su amado artista:

—El jueves, sin falta, te espero en Madrid.

—No sé si podré... Aun me falta mucho para terminar—respondió él.

—¡Lo necesito! ¡Lo mando!

—Bien, mujer... Iré.

Pero alguien había escuchado aquella cita: María.

Al oír la negativa, su corazón se ensanchó de alegría; mas luego, al prometer Toñuelo que iría, reprimió el llanto.

Sin embargo, una voz secreta le decía que Toñuelo no la abandonaría por seguir a la caprichosa mujer.

Al día siguiente, cuando Toñuelo fué a hablar con ella en el prado, María no pudo disimular su pena.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Por qué estás triste?—preguntóle él.

—Porque te irás muy pronto.

—¡Quién sabe!

—¿No te vas el jueves?

Toñuelo sorprendióse sobremanera. ¿Cómo sabía ella lo del jueves?

Optó por fingir y repitió:

—¡Quién sabe! Aun me queda mucho para terminar.

Pero, al llegar el jueves, Toñuelo, después de ruda lucha entre el buen amor y el mal amor, no pudo resistir a la potencia del segundo y se marchó a Madrid, dejando con el alma hecha pedazos a la pobre María.

.

Las obras de la colegiata seguían sin terminar.

Toñuelo estaba excesivamente ocupado en Madrid con su mal amor, acudiendo a fiestas y reuniones con ella y el barón, que seguía ciego... o esperando el momento de "comprobar", y cierto día, una revista gráfica, que llegó por azar a Fonclara, cayó en manos de María, quien se vió retratada en una de las páginas de arte.

¡Qué contenta se puso!

No sabía leer, pero el tío Charcos se encargó de decirle que aquel retrato era el de una escultura de Toñuelo que más fama le había dado, por ser la obra más acabada del joven artista. Su título era el de "La pastora que ve pasar el tren".

Pero en la misma página había otro grabado y en él aparecían juntos Toñuelo y una hermosa mujer: "La Tirana". La cámara de un reporter los había sorprendido hablándose cariñosamente después de un banquete organizado en su honor por numerosos artistas: literatos, periodistas, "estrellas" de la pantalla española, entre ellas Carmen Viance, la Romeito, Marina Torres, etc.

Y María se echó a llorar.

* * *

Las relaciones entre Toñuelo y "La Tirana" se acentuaban cada día más y llegó momento en que ella, hastiada del barón, decidió abandonarle, y convenció a Toñuelo de huir juntos una temporada de Madrid.

Y decidieron la marcha; pero el barón, que presumía ese final de su aventura con la bella artista, fué a sorprenderlos a la estación.

El asombro de los fugitivos no es para descrito. ¿Desafiaría el barón a Toñuelo?

Lejos del pensamiento del noble tal idea. Muy dignamente, el hombre de mundo, les dijo:

—¡Caramba! No avisan usted, y gracias a que me he enterado puedo despedirles.

Y añadió, irónico, a Toñuelo:

—Pollo, que gane usted muchas primeras medallas, que le van a hacer mucha falta.

Un poco después, "La Tirana" y su nuevo dueño huían.

El tren debía pasar por Fonclara, y cuando se acercaba al pueblo, Toñuelo dijo a la artista, hablando junto a una ventanilla de su compartimiento:

—Por esos campos, siendo niño, cuidaba yo ganado con la pastora que me ha dado la celebridad. Una vez, viendo pasar este tren, la

dije: "Yo te prometo que algún día iremos juntos en él".

—¡Ya ves lo que es la vida!—exclamó "La Tirana"—A ella se lo prometiste y vienes conmigo...

Se abrazaron. Su amor parecía vencerlo todo.

Pero deshicieron la caricia al oír un grito que les heló la sangre. Se detuvo el tren bruscamente. Apeáronse todos los viajeros. Y alguien dijo, cuando Toñuelo y "La Tirana" se reunían con los pasajeros junto a la máquina del tren:

—Ha sido atropellada una campesina.

Y Toñuelo, comprendiendo la tragedia de María, que le había visto, desde su puesto de eterna espera, abrazado a "La Tirana", creyó enloquecer.

¡La infeliz se había suicidado!

¡Había querido ir en el mismo tren que le conducía a él!

* * *

El maestro, emocionado por el relato de su discípulo, le abrazó paternalmente, enjugándose unas lágrimas, y murmuró:

—Esta es la vida, muchacho... Ahora comprendo tu aislamiento del mundo...

—Procuro olvidar... Los buenos frailes del cercano monasterio me traen alimentos y útiles

del trabajo. Ahora estoy terminando una talla. Véala usted.

El maestro admiró el trabajo y, de súbito, exclamó:

—¡Pero ésta es ella: la pastora!

Pero el monje, postrándose de hinojos ante la imagen, murmuró:

—Es... ¡la virgen María!

Y sus labios bisbisaron un rezo.

F I N

Pida

La ruta de Singapore

por

Ramón Novarro y Joan Crawford

FORMIDABLE éxito de la nueva
publicación semanal de novelas
modernas

La Novela del Chofer

Números publicados:

La amiguita del chofer
Por qué se mató mi novia
Mi aventura de París

El martes aparecerá:
En la parada del "Palace"

Recuerde usted este título

La Novela de la Modistilla